

en portada

Viene de la página anterior

can los ultras del Lazio en el Estadio Olímpico. «Aquí la relación entre los tifosi y la policía nunca ha sido de regalarnos flores, pero se ha agravado en los últimos años. Es un milagro que no haya muerto un agente antes -dice Tirone-. Muchas veces expulsan a un chico, sin juicio alguno, durante dos años de un estadio y cuando este recurre, al cabo de un año el juez decide que es inocente. Por supuesto que ese chaval está cabreado, porque durante todo ese tiempo le han quitado su diversión de cada domingo».

De cara a la galería

Por eso, dos de la decena de medidas anunciadas esta semana por el Gobierno son defendidas también por los aficionados radicales: que todos los estadios de fútbol pasen a ser propiedad privada y que dentro del recinto la vigilancia corra completamente a cargo de los *stewards* en chalecos reflectantes, mientras que la policía se mantenga en un segundo plano, que es como quitarle el trapo rojo de la vista del toro.

El problema, resalta Lorenzo Contucci, fundador hace 18 años y *webmaster* de una amplísima información en internet sobre los ultras del

«En el fútbol se exagera todo: un hincha radical es más famoso que un asesino»

Roma ([www.asromaultras.it](http://www.asromaultras.it)), es que este tipo de medidas urgentes del Gobierno son, sobre todo, de cara a la galería. «El problema de la violencia existe desde los años 70, pero la única respuesta siempre ha sido la represión, no una política de medidas estructurales».

El 28 de octubre de 1979, Vincenzo Paparelli, seguidor del Lazio, falleció durante el derbi cuando, desde la curva sur, un hincha del Roma lanzó una bengala que le alcanzó en el ojo izquierdo. Su propia mujer, Wanda, intentó sacarle el hierro incrustado en la cabeza. Casi 30 años después, Paparelli sigue siendo la víctima mortal más recordada en el fútbol italiano. «Desde entonces, cada tres o cuatro años sucede un incidente muy llamativo en un estadio, pero luego no se hace nada», dice el periodista Gianni Perrelli.

Según Contucci, en los años 70 y 80 la violencia en los estadios de fútbol era mayor que ahora, «pero con todo el fenómeno mediático en el que se ha convertido, se da mucha más importancia a estas cosas». Uno de sus clientes más ilustres es Roberto Maria Morelli, un ultra del Roma que, con seis compañeros más, invadió en marzo del 2004 el campo durante el derbi con el Lazio e instó al capitán, Francesco Totti, a parar el encuentro porque fuera del campo un niño habría fallecido tras ser embestido por un coche de la policía. Fue un bulo y Morelli y sus amigos están cumpliendo todavía tres años de prohibición de acudir a



►► Pintadas ofensivas en Roma ► Las siglas ACAB, que proliferan en toda Italia, son la abreviación del inglés *todos los policías son cabrones*.



►► El abogado de los ultras ► Lorenzo Contucci, seguidor del AS Roma, en su despacho, el miércoles.



►► La radio del Lazio ► Gianluca Tirone (izquierda) y Alessio de Gori, en el estudio de Radio Sei, el jueves.

un campo de fútbol. «Solo por eso -dice el abogado- Morelli es más famoso que cualquier asesino que he tenido que defender estos años. Todo lo que pasa en el fútbol se exagera mucho».

No contribuyen a la solución tampoco dirigentes como Antonio Mattarese, el presidente de la Liga de Fútbol Profesional italiana, muy contrariado por la paralización de la Liga la semana pasada tras la muerte del agente. «Lamentamos lo sucedido, pero el fútbol no puede detenerse. Es una industria que debe seguir funcionando. Las muertes son parte del sistema». Sus palabras fueron sepultadas por un alud de críticas, sobre todo desde un Gobierno que más que nunca ha impuesto su ley al calcio, otra muestra de debilidad del antaño tan poderoso fútbol controlado por magnates como Silvio Berlusconi y Giovanni Agnelli, el fundador de Fiat.

Decreto de hace dos años

Esta vez, los clubs han tenido que aceptar a regañadientes las obligaciones impuestas por el Gobierno, que no son otras que cumplir con un decreto de hace dos años, con el nombre del entonces ministro de Interior, Giuseppe Pisanu. Entonces ya se exigía un sistema de videovigilancia dentro y fuera del estadio; una zona de seguridad en el entorno; unos torniquetes a las entradas con lectura electrónica de las entradas, todas numeradas y nominativas, y un puesto de policía en las entrañas del campo.

«Pero ha sido el propio Gobierno el que ha dejado de exigir el cumplimiento del decreto Pisanu, y al principio de esta temporada todos los clubs recibían permiso abrir sus puertas», denuncia Lorenzo Contucci. «Parece mentira -añade Gianluca Tirone- que casi todos los estadios ya estaban anticuados cuando se construyeron o reformaron hace menos de 20 años, para acoger el Mundial de 1990. En realidad, nunca han cumplido ninguna norma».